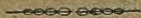


estas palabras: « Cualquiera que tú seas, respeta estos restos, que son los de un hombre virtuoso. Al saber la muerte de mi muger no he querido permanecer un dia mas en una tierra manchada de crímenes. »

Así la conciencia de su republicanismo, el amor y la virtud se confundían hasta en el epitafio que Roland escribió y compuso para sí mismo. Elevado á demasiada altura por el movimiento de una tempestad cívica, colocado por cima de su nivel natural, por las inspiraciones del genio de una muger ebria de amor por la libertad, tomó la probidad por virtud, cuando aquella no es mas que su base. Sin embargo, disputó con un valor digno de la antigüedad, la república á la anarquía y las victimas al cadalso. Tuvo por recompensa una muerte que parece un pájina arrancada de la historia de los grandes suicidios antiguos, muriendo como Catón y Séneca á la vez. Como Catón por la libertad de su patria: como Séneca por el amor de una muger. Hay una lágrima del corazón sobre el puñal republicano con que se hirió. Este amor mezclado con su patriotismo dió á la desgracia de Roland cierto sabor romano y patético á la vez. Si la muerte es el acto mas grande de la vida, aquel hombre ordinario al principio, fué grande al fin. Roland no vivió en vano para la libertad y para la gloria puesto que debia llegar á una muerte digna de la antigüedad.



LIBRO CINCUENTA Y DOS.

Los comisionados de la Convencion Isabeau y Tallien en Burdeos.— Los girondinos fugitivos Buzot, Barbaroux, Petion, Louvet, Valady, Salles y Guadet en el Bec de Ambes.—Estos buscan un asilo en San Emilion.—Madama Bouquet los recibe.—Su separacion.—Valady tomó el camino de los Pirineos.—Louvet vuelve á Paris.—Grangeneuve y Biroleau ejecutados en Burdeos.—Guadet y Salles son descubiertos, conducidos á Burdeos y ejecutados.—Barbaroux se tira un pistoletazo.—Lo llevan moribundo á Burdeos y lo esponen en el cadalso.—Se encuentran en un campo los cadáveres de Buzot y de Petion.—Barnave, Duport y Bailly.—Su sentencia.—Su muerte.—Prolongado suplicio de Bailly.—Ejecuciones de madama Dubarry y de Birot.—Mr. y madama Angrand de Allary.—La municipalidad se adelanta á la Convencion.—Notas postumas de Robespierre.—Medidas filantrópicas.—Calendario republicano.—El obispo Govel.—Apostasias.—Hebert y Chaumette.—Profanacion del culto católico.—Inauguracion del culto de la razon.—Destruccion de los sepuleros de San Dionisio.—Exhumacion de los restos mortales de los reyes.

I.

¿Qué hacian entretanto que morian Roland y su esposa sus mas queridos amigos Buzot, Barbaroux, Petion, Louvet, Valady, Guadet y Salles, á quienes hemos dejado embarcados y fugitivos en la Gironda?

Los comisionados de la Montaña, Isabeau y Tallien, se les habian adelantado en Burdeos. Aquellos representantes, manejando con energia al jacobinismo, y desplegando el terror, habian en pocos dias ahogado el federalismo, sublevado los arrabales de Burdeos contra la ciudad,

encarcelado á los negociantes, dado el poder al pueblo, inaugurado la guillotina, reclutado los clubs y vuelto su propia patria contra los girondinos. La sumision de Lyon, el estermio de Tolon, el suplicio de Vergniaud y de sus amigos, habia consternado, y en la apariencia convertido á la Gironda, á la unidad republicana. En ninguna parte se afectó un patriotismo mas sombrío; en ninguna parte se temió tanto la sospecha de complicidad con los representantes proscritos; porque en ninguna parte habia mas peligro de hacerse sospechosa. En ninguna parte era el terror mas vigilante que en Burdeos. Cada choza de la Gironda tenia su comision de salud pública, su ejército revolucionario, sus delatores y sus verdugos.

II.

Al llegar al Bec de Ambés, Guadet habia dejado á sus colegas ocultos en casa de su abuelo; este asilo era precario, y Guadet habia ido á prepararles otro mas seguro en la pequeña poblacion de San Emilion, su pais natal. Pero ni aun en San Emilion habia encontrado asilo seguro mas que para dos de ellos, y eran siete. El mensajero que le llevaba esta triste noticia al Bec de Ambés, encontró á los fugitivos cercados ya por algunos batallones enviados desde Burdeos y fortificados en sus casas y armados con algunos pares de pistolas y con trabucos, armas que eran suficientes para vengarse, pero no para defenderse. La noche favoreció su fuga, se fueron á San Emilion, no para librarse sino á perderse. Los satélites de Tallien que forzaron la casa donde se habian refugiado, momentos despues de haberse fugado, escribieron á la Convencion que habian encontrado sus camas aun calientes.

El padre de Guadet, anciano de setenta y dos años, les franqueó generosamente su casa, los amigos de su hijo

le parecian otros tantos hijos suyos, y se hubiera avergonzado de no esponer los pocos dias que le faltaban de vida por salvarlos. Apenas hacia dos ó tres horas que se habian refugiado en aquella casa sospechosa, cuando les comunicaron la proximidad de cincuenta caballos que habian seguido sus huellas por medio de los campos. El mismo Tallien habia acudido con los sabuesos mas listos de la policia de Burdeos. Los diputados girondinos tuvieron tiempo de escaparse. Tallien puso al padre de Guadet bajo la vigilancia de dos hombres armados encargados de espiar sus pasos, sus palabras y sus miradas, é hizo confiscar los bienes de su hijo. Además organizó un club de terroristas en el mismo pueblo en que se habian refugiado los girondinos contra el terror.

Una muger solamente se sacrificó por salvarles, que fué una cuñada de Guadet, llamada Mad. Bouquey.

Habiendo sido informada del peligro en que estaban su cuñado y sus amigos, se apresuró á salir de Paris en donde vivia tranquila para dar acogida á algunos de aquellos hombres, desconocidos para ella en su mayor parte.

La piedad, esa debilidad de la muger, se convierte en fuerza en las grandes ocasiones, y consuela de los excesos de la revolucion con el heroismo de su sacrificio. Guadet, Barbaroux, Buzot, Petion, Valady, Louvet y Sallés, entraron secretamente una noche en el angosto subterráneo que Mad. Bouquey tenia preparado para ellos. Unicamente el centro de la tierra era bastante profundo y bastante mudo para enterrar vivos á los girondinos. Este asilo era una catacumba. Por un lado daba á un pozo de treinta pies de profundidad, y por otro á un subterráneo de la casa. No habia pesquisa domiciliaria capaz de dar con aquel asilo. La generosa protectora de los girondinos no tenia otro temor que el de ser presa con ellos. ¿Qué seria de sus huéspedes enterrados en aquel sepulcro cuya losa solo ella levantaba? Tambien temia que los descubriesen al verla comprar tantas provisiones diariamen-

te. El hambre tenía exhaustos los mercados, y á nadie se le vendía mas pan que el que se había calculado que necesitaba cada familia, y eso con órden de la municipalidad. Mad. Bouquey no tenía derecho mas que á una libra diaria, y se privaba de ello por repartirlo entre los ocho proscriptos. Algunas legumbres, frutas secas, y algunas aves compradas furtivamente, componían las comidas de aquellos hombres que disimulaban sus hambres, y sin embargo, la alegría que es la salsa del infortunio, reinaba en aquellos banquetes de esparciatas.

Cuando no eran tan rigurosas las pesquisas, Mad. Bouquey sacaba á sus amigos del subterráneo, haciéndolos sentar á su mesa, respirar el aire libre, ver el cielo por la noche, y proporcionándoles libros y papel. Barbaroux escribió sus memorias y Buzot su defensa. Louvet anotaba sus relaciones con la lijera pluma con que había escrito sus novelas, haciéndose el héroe de sus propias aventuras. Petion también escribió, pero con estilo mas severo. Los misterios de su popularidad tan indignamente conquistada y tan animosamente abdicada, se traslucian en sus escritos. Estas confidencias nos habrían dado á conocer á aquel hombre, pequeño en el poder, pero grande en la adversidad.

El 21 de noviembre, día en que murió madama Roland en Paris, se espareció un rumor sordo en San Emilion de que los girondinos estaban en casa de madama Bouquey. Por consecuencia les fué preciso dispersarse en grupos y buscar varios asilos. Esta separacion la tuvieron todos por el adios postrero: ninguno sabia á donde ir: Valady solo tomó el camino de los Pirineos en donde le esperaba la muerte, marchando á ciegas al encuentro de su destino. Barbaroux, Petion y Buzot uniendo sus vidas ó su muerte en una indisoluble amistad, se dirigieron por medio de los campos hácia las landas de Burdeos, esperando que se perderían sus huellas en aquel desierto; Guadet, Salles y Louvet pasaron el primer día en una cantera. Un amigo

de Guadet debía ir por la noche á buscarlos para conducirlos á seis leguas de allí á casa de una muger rica á quien Guadet había defendido en un pleito, que había ganado, y del cual pendía su fortuna. El amigo no tuvo valor y no fué á la cita. Guadet y sus amigos partieron solos y á la ventura. El frio, la nieve y la lluvia helaron sus desabrigados miembros. Por fin á las cuatro de la mañana llegaron á la puerta de su cliente; Guadet llamó, se dió á conocer y fué rechazado, volviéndose desesperado á donde había dejado á sus amigos. Allí encontró á Louvet desmayado de hambre y de frio al pie de un árbol; Guadet volvió á la casa é imploró en vano primero una cama, luego un poco de fuego y despues un vaso de vino para un amigo moribundo. La ingratitud deja llorar y hasta morir á las gentes sin volverlos respuesta. Guadet se presentó en aquella casa por tercera vez. Sus cuidados y los de Salles hicieron volver en sí á Louvet. Este tomó una resolucion desesperada que lo salvó.

Perseguido por la imagen de una amiga que había dejado en Paris, se decidió á volverla á ver ó á morir: abrazó á Salles y á Guadet, repartió con ellos algunos asignados que le quedaban, y tomó solo y como pudo el camino de Paris.

III.

Guadet, Salles, Petion, Barbaroux y Buzot se reunieron á la noche siguiente en San Emilion, por los cuidados de su bienhechora, en casa de un honrado y pobre artesano. Allí supieron el fin trágico de Vergniaud y de sus amigos, y calcularon estoicamente cuantos golpes le restaban que dar á la guillotina para que todos los girondinos hubieran dejado de existir. Sus almas estaban á la altura del cadalso; pero cuando los anunciaron algunos dias

después el suplicio de madama Roland se enternecieron y lloraron. Buzot sacó un puñal para herirse, y se vió acometido de un largo acceso de delirio, durante el cual prorumpió en gritos que daban á conocer una esplosion y un agudo dolor en el corazón. Sus amigos le arrancaron el arma de las manos, calmaron aquel arrebató y le hicieron jurar que soportaría la vida en memoria de la que tan dignamente había soportado la muerte. Buzot cayó desde aquel día en una melancolía y en un silencio que solamente interrumpían algunos suspiros ó invocaciones mal articuladas. El golpe que se había descargado sobre la cabeza de madama Roland á nadie afectó tanto como á Buzot.

Los cinco proscritos respiraron aun algunas semanas en aquel nuevo asilo. Las oscilaciones de la comision de salud pública hacian inclinar á la Convencion tan pronto hácia la clemencia como hácia el terror. En Burdeos continuaban los asesinatos en la guillotina: Grangeneuve y Biroteau acababan de sucumbir: pero no dejaban por eso los sicarios de buscar con el mismo afán á las víctimas. El fiel Troquart, huésped de los refugiados en San Emilion, los halagaba con alguna esperanza, pero esta calma fué corta. Algunos comisionados mas implacables enviados de París, reanimaron la sed de venganza que iba á menos en la Gironda. La mayor parte de estos comisionados éran franciscanos y jacobinos, jóvenes de París aun imberbes, á quienes el partido de Hebert lanzó á Nantes, á Troyes y á Burdeos para acostumarlos á la sangre.

Estos reavivaron los suplicios, enviando á la Convencion los boletines de la guillotina, comparables solo á los de Collot de Herbois en Lyon, de Fouché en Tolon y de Maignet en Marsella. La llegada de aquellos procónsules comprimió la indulgencia en las almas y quitó todo asilo á los proscritos. Enviaron desde Burdeos á San Emilion muchos destacamentos del ejército revolucionario dirigidos por un sabueso llamado Marcou que había enseñado á

otros perros, á conocer la pista de los federalistas. Marcou suponía á los girondinos fugitivos en las canteras de San Emilion á donde llegó de noche cuando menos le esperaban, seguido de su tropa. Cercó en silencio las casas del padre, de los amigos y de los parientes de Guadet; lanzó sus perros por aquellas cavernas como podrian lanzarse sobre unos animales dañinos y dió humo á la entrada de algunas cuevas. Los perros volvieron sin haber hecho presa, pero otro de los sabuesos de Tallien llamado Favereau, penetró con sus satélites en la casa del padre de Guadet. Aquellos hombres habian ya recorrido en vano toda la casa y bajaban de ella con las manos vacías, cuando uno de los gendarmes que se habian quedado atrás creyó advertir que el granero era mas estrecho por el lado esterior de la casa, que por el interior, y llamando á sus compañeros golpearon las paredes con las culatas de sus fusiles, aplicando al mismo tiempo el oido. De repente se oyó preparar un arma. Era Salles, que viéndose descubierto montó una pistola para matarse ó para defenderse: al ruido los gendarmes intimaron á los proscritos que se rindieran: la pared cayó á culatazos, y Guadet y Salles salieron á rastra de aquel escondrijo. Entonces los asieron, los encaenaron y los llevaron en triunfo á Burdeos. Los dos estaban fuera de la ley. Un juicio era superfluo. Su nombre era su único crimen y su sentencia. Salles condenado á muerte en el mismo día, pidió permiso para escribir á su esposa y sus hijos. Su alma se desahogó en adioses tan tiernos que la historia los ha recogido.

«Cuando recibas esta carta, escribió Salles á su esposa, ya no viviré sino en la memoria de los hombres que me quieran. ¡Qué carga te dejó! Tres hijos y nada para criarlos! Sin embargo, consuélate: no moriré sin acompañarte y sin tener esperanza en tu valor; y es un consuelo para mí, el pensar que tú no atentarás á tu vida, pensando en tu inocente familia. Amiga mia, conozco tu sensibilidad y me complazco en creer que llorarás amargamente la

memoria de un hombre que ha querido hacerte dichosa y cuyo principal placer fué el dar educacion á sus dos hijos y á su amada hija. ¡ Pero, como podrias olvidarte de que solo debes pensar en ellos en lo sucesivo! Van á quedarse sin padre y pueden al menos suplir con sus inocentes caricias las que yo no podré ya hacerte. Carlota, he hecho todo lo que he podido para conservarme. Creia que debia hacerlo, por tí, y sobre todo por mi pais; me parecia que el pueblo estaba fascinado respecto á los sentimientos de tu desgraciado esposo: que abriria los ojos algun dia y que entonces, sabria por mi boca cuán caros me eran sus intereses. He creido deber vivir tambien, para recoger respecto á mis amigos todos los documentos que pudieran ser útiles á su memoria. En fin, yo debia vivir para tí, para mi familia y para mis hijos. El cielo lo ha dispuesto de otro modo y muero tranquilo. Habia prometido en mi declaracion, cuando los acontecimientos del 31 de mayo, que sabria morir al pié del cadalso y creo poder afirmar que cumpliré mi promesa. Amiga mia, no me compadezcas. La muerte á lo que me parece no tendrá para mí angustias muy dolorosas. He hecho ya un ensayo de ella. He sufrido por espacio de un año entero mil trabajos de toda especie, y no he murmurado. En el momento de cogermé, me he apuntado dos veces con una pistola á la frente, pero esta arma traidora ha burlado mis esperanzas. No, queria ser cogido vivo. He tenido la ventaja de haber bebido con anticipacion todo lo que el caliz tiene de amargo, y me parece que este momento no es tan penoso. Carlota, modera tu dolor y no inspires á nuestros hijos sino virtudes modestas. ¡ Es tan difícil hacer el bien de la patria! Bruto hiriendo á un tirano y Caton atravesándose el pecho para libertarse de él, no pudieron evitar que Roma fuese oprimida. Creo que me he sacrificado por el pueblo. Si en recompensa recibo la muerte tengo la conciencia de mis buenas intenciones. Es muy dulce pensar que llevo al sepulcro mi propia estimacion y que

tal vez algun dia el público reconozca la infame correspondencia que ha tenido conmigo. ¡ Amiga mia, te dejo en la miseria! ¡ Qué sentimiento para mí! Pero aun cuando te dejase todo lo que poseia no tendrias ni aun pan; por que tú sabes que digan lo que quieran, yo no tenia nada. Sin embargo, Carlota, no te desesperes al pensar en tu infelicidad. Trabaja, amiga mia, aun puedes hacerlo. Enseña á tus hijos á trabajar cuando tengan edad para ello. Oh, querida mia, ¡ si tú pudieras con esto no tener necesidad de acudir á los estraños! Sé orgullosa como yo. Espera aun, espera, en el que todo lo puede: él es mi consuelo en el último momento. El género humano reconoce su existencia hace mucho tiempo y yo que necesito pensar en que el orden ha de existir en alguna parte, no pudo dejar de creer en la inmortalidad de mi alma.

«Ese Dios, á cuyo tribunal voy á comparecer, es grande, justo y bueno. Voy á presentarle un corazón, si no exento de debilidad al menos exento de crímenes y de intenciones puras, y como ha dicho muy bien Rousseau: el que se duerme en el seno de un padre, no pasa miedo de lo que le sucederá al despertarse.»

«Besa á mis hijos, ámalos, rialos, consuélate, consuela á mi madre y á mi familia. ¡ Adios; adios para siempre! Tu amigo

SALLES.»

IV.

«¿Y tú quién eres?» le preguntaron á Guadet. «Yo soy Guadet... verdugo, continuó el Esquino de la Gironda. Haced vuestro oficio. Id con mi cabeza en la mano á pedir vuestro salario á los tiranos de mi patria. Nunca la vieron sin palidecer; cuando la vean ahora, palidecerán todavía.» Al ir á la guillotina se dirigió al pueblo, y dijo:

«Miradme bien; ved al último de vuestros representantes.» Cuando hubo subido al tablado, quiso hablar pero los tambores ahogaron su voz. «Pueblo, exclamó indignado; he aquí la elocuencia de los tiranos; ahogan los acentos del hombre libre, para que el silencio cubra sus maldades.»

Barbaroux, Petion y Buzot, supieron en San Emilion la prision y la muerte de sus colegas. La tierra, minada para ellos en todas partes, no podía tardar en tragárselos. Por la noche salieron de su refugio, llevando por toda provision un pan, en el que la prevision de su huésped habia metido un pedazo de carne fiambre, y además tenían algunos puñados de guisantes verdes en los bolsillos de sus vestidos. Marcharon á la ventura una gran parte de la noche. El largo descanso de sus miembros en los asilos en donde languidecian hacia ya ocho meses, habia enervado sus fuerzas, y sobre todas las de Barbaroux. Su estatura hercúlea y una obesidad precoz, le inutilizaban para andar.

Al amanecer, los tres amigos se encontraron á las intermediaciones de Castillon, aldea cuyo nombre y posicion ignoraban. Era el dia de la fiesta del pueblo; el pito y el tamboril recorrían los senderos, convocando antes de la aurora á los habitantes á los banquetes y á los bailes. Algunos voluntarios con su fusil al hombro, pasaban cantando por el camino. Los fugitivos asustados y aterrorizados por su situacion, turbados por el insomnio y por la calentura, creyeron que tocaban llamada y que se esparcian por los campos para cogerles. Se detuvieron y se agruparon al abrigo de una alameda para deliberar lo que debían de hacer. Algunos pastores que los observaban de lejos, vieron de pronto salir un fogonazo, oyendo a poco la detonacion de un arma de fuego. Uno de los tres hombres sospechosos cayó contra el suelo, y los otros huýeron á todo correr, y se perdieron en un bosque inmediato; los voluntarios acudieron al tiro y encontraron á un

jóven de talla elevada, de aspecto noble, con la mirada aun fija en su propia sangre; se habia roto la quijada de un pistoletazo. Como tenia la lengua partida, no podia espresarse sino por signos. Le llevaron á Castillon; su ropa estaba marcada con una R y una B. Le preguntaron si era Buzot, y dijo que no con la cabeza. Preguntado en seguida si era Barbaroux, hizo un signo afirmativo. Conducido á Burdeos en un carreton, y regando el suelo con su sangre, fué reconocido por la belleza de sus formas, y la cuchilla de la guillotina acabó de separar su hermosa cabeza del tronco.

V.

Nadie sabe lo que los bosques y las tinieblas ocultaron durante muchos dias y muchas noches de la suerte de Petion y de Buzot. El suicidio de su jóven compañero ¿fué á sus ojos una debilidad ó un ejemplo? ¿Se tiraron cada uno un pistoletazo á la aproximacion de algun animal montaráz que tomaron por el ruido de los pasos de los hombres que los perseguían? ¿Se abrieron las venas al pie de algun árbol? ¿Murieron de hambre, de cansancio ó de frio? ¿Sobrevivió el uno al otro? El que quedó el último ¿espiró sobre el cadáver de su compañero? y en fin: ¿murieron en algun lúgubre y nocturno combate contra los animales carnívoros que los seguían para devorarlos? El misterio, esta que es la mas terrible de las narraciones, cubre aun los últimos momentos de Buzot y de Petion. Solo se sabe que unos escardadores encontraron algunos dias despues de la muerte de Barbaroux, esparcidos en un campo de trigo y á orillas de un bosque, dos sombreros rotos, dos pares de zapatos y algunos trozos de vestidos que cubrían dos montones de huesos humanos despedaza-

dos por los lobos. ¿Estos vestidos, estos zapatos y esta osamenta eran los restos de Petion y de Buzot?

El suelo de la república no tenía ni aun una sepultura para los hombres que la habían fundado. Toda la Gironda había desaparecido con estos dos tribunos. Dejaron al tiempo que adivinase el enigma de su popularidad. El uno, que había sido llamado el *Rey Petion*, y el otro, á quien por irrisión llamaban también el *Rey Buzot*, habían venido desde París y desde Caen á buscar su destino en un surco de los campos de la Gironda. ¡La tierra del federalismo devoraba á aquellos hombres, á aquellos culpables de un sueño contra la unidad de la patria! ¿Debemos juzgarlos? ¿Se juzgan acaso unas osamentas descarnadas y dislocadas por las bestias feroces en un campo de muerte? No; lo que se hace es compadecerlas, darlas tierra, y pasar de largo.

VI.

La revolucion, en los últimos meses de 1793 y en los primeros de 1794, parecía volver hácia atrás, como un vencedor despues de la victoria, para herir uno á uno á los hombres que habían intentado moderarla ó detenerla, principiando por los que estaban mas cerca y acabando por los que estaban mas distantes: empezó por los girondinos y sus partidarios, siguió con los constitucionales, y finalizó con el esterminio de los realistas. Los primeros rencores de los partidos dominantes descargan sobre los que mas se les aproximan en doctrinas y en pasiones. En la revolucion, como en la guerra, se detesta mas á los que desertan de nuestro campo que á los que son enemigos declarados. Los suplicios habían principiado por los moderados. La república no pensó en sus enemigos hasta despues de haber inmolado á sus fundadores.

Los grandes nombres de la Asamblea constituyente parecían ser unas protestas palpitantes contra las teorías de la república. La libertad legal que habían mostrado en perspectiva, contrastaba con la dictadura de la Montaña. No se podía dejar con vida á estos testigos, á estos acusadores, aun que fuesen mudos. Mirabeau no existía; el Panteon le había sustraído del cadalso. La Fayette espía en los calabozos de Olmutz el crimen de su moderacion. Clermont Tonnerre había muerto degollado el 10 de agosto; Cazales y Maury estaban desterrados; los Lameth andaban errantes por el extranjero; Sieyes callaba ó dormitaba al pie de la Montaña; el lado derecho gemía en las cárceles; pero Barnave, Duport, Bailly y los constitucionales vivían aun, y se pensó en ellos. Un recuerdo de los jacobinos era sentencia de muerte. Desgraciado del nombre que se pronunciase en alta voz. El de Barnave resonaba aun en la memoria de los reformadores de la monarquía.

VII.

Desde el 10 de agosto, Barnave, inútil ya para aconsejar á la reina, se había retirado á Grenoble, su ciudad natal, en donde le habían recibido como á un hombre que había ilustrado su patria con el brillo de su talento y con la probidad de su vida, no afeándole que se separase del movimiento republicano, que iba mas adelante de sus opiniones. Se le consideró como uno de esos instrumentos que los pueblos arrojan á un rincón cuando no les hacen falta, pero que no inutilizan. Barnave, sin aplaudir á la república, pero sin protestar contra ella, se limitó á cumplir con sus deberes de ciudadano. No quiso recurrir á la emigracion, cuyo camino tenía abierto á pocos pasos de la casa de su padre, continuando en el goce de aquella estimacion popular, que sigue siempre por algun tiempo á

los que han perdido una brillante posicion. En París le habían implicado en las sospechas que se hacían correr en 1791, á propósito de un pretendido comité austriaco. Fauchet le había hecho incluir, así como á los Lameth, Duport y Montmorin, en una acta de acusacion que remitía á aquellos consejeros secretos de Luis XVI, ante el tribunal superior de Orleans.

Barnave supo el crimen que se le imputaba por el acta de su acusacion, y fué preso en su casa de campo de San Roberto en las cercanías de Grenoble. Conducido á la cárcel de esta ciudad, su madre consiguió verle disfrazada de muger del pueblo. Desde el interior de la cárcel Barnave seguía las fases de la revolucion y los infortunios del rey. No sentía su prision sino porque su voz no podría defender en la Convencion la cabeza de aquel príncipe.

La república no se detenía á escuchar estos arrepentimientos. Barnave permaneció seis meses en el castillo de Barreaux, situado en los Alpes, en medio de las altas montañas que limitan la Francia y la Saboya. La frontera estaba á su vista, las ventanas de su habitacion no tenían rejas, la vigilancia era escasa, pudo fugarse y no quiso hacerlo. «Hombre oscuro, decia, yo buscaría en donde ocultarme; célebre y responsable de los grandes actos de la revolucion, debo permanecer á la vista de todo el mundo, para responder con mi cabeza de mis opiniones.»

VIII.

Empleó Barnave todo el tiempo que vivió en aquella incertidumbre en estender sus ideas y completar sus estudios políticos, profundizando el espíritu de las revoluciones humanas al estruendo de las revoluciones de su país, y escribió unas meditaciones sociales é históricas que le han sobrevivido, y en donde se encuentra mas sabiduría que

genio. Barnave aparece allí como el representante fiel de aquel buen sentido general de una nacion, que aunque señala los abismos no hace progresos materiales ni abre ninguna nueva senda al espíritu humano. Hasta el estilo es frío y descolorido en aquel escrito, como la espresion de verdades un poco comunes. La inspiracion tampoco hace palpitar ninguna de las fibras del corazón; se admira la honradez del escritor, pero no se conoce su grandeza. Parece imposible que aquella voz haya podido ponerse en parangon ni aun por un momento con la de Mirabeau. No puede uno explicarse aquella pretendida rivalidad entre estos dos oradores sino por un error óptico de todos los tiempos y de todos los pueblos que nivela mirándolos con la pasion de las circunstancias presentes, á hombres entre quienes el porvenir mas desprecupado ya, no ve nivel posible.

Barnave no merecia ni la gloria ni el ultraje de esta comparacion. Hombre de inteligencia limitada y de palabra fácil, era uno de tantos como se hallan en el foro, cuya elocuencia es un arte del espíritu, y no una espresion del alma. Su verdadero honor fué haber sido digno de ser derrotado por Mirabeau. El deseo de sobrepujar en popularidad al que estaba tan lejos de igualar en genio, le hizo adelantar por espacio de algunos meses ciertas proposiciones que fueron fatales á la monarquía y á su propia gloria. Como hombre honrado, adquirió por la pureza de su vida pública, y por un generoso reconocimiento á su desgraciado rey, cierto derecho á los aplausos arrancados antes por malos medios á la multitud. Abdicó su popularidad desde que conoció que no podía conservarla sino á costa de un crimen.

IX.

En cuanto Barnave llegó á París, la comision de salud pública no supo qué hacer de él. Danton, que había re-

gresado de Arcis-sur-Aube quiso salvarlo y así se lo prometió á su madre y á su hermana. Estas señoras habian seguido á su hijo y á su hermano como dos suplicantes, sin apartarse en todo el camino de las ruedas del coche que lo condujo á París. Danton no se atrevió á cumplir lo prometido. La única gracia que obtuvo Barnave fué la de abrazar á su madre y á su hermana por última vez. La defensa que hizo de su propia causa ante el tribunal es de una elocuencia esquisita y abunda en ideas brillantes. Pero en donde la poderosa voz de Vergniaud no habia hallado eco, ¿cómo podia hallarlo la fria argumentacion de Barnave? Volvió á su calabozo, sentenciado. El animoso Baillet, su colega en la Asamblea constituyente, fué á consolarle en sus últimas horas. Barnave que estaba abatido se quejó á Baillet de que se le privase del alimento necesario por el cálculo de sus verdugos. «Querrán, le decía, deshorrar mi muerte atribuyendo á mi alma una debilidad que solo está en el exausto, por no darle todo el alimento que es indispensable para mantenerle en todo su vigor.

Este cálculo no es verosímil. Poco le importaba al pueblo el modo, con tal que las víctimas muriesen.

Duport Dutertre, ministro que habia sido de Justicia fué asociado á Barnave en el juicio y en el cadalso. Después de su sentencia se contentó con decir desdeñosamente á sus jueces: «En resumen, el pueblo mata á los hombres, pero la posteridad los juzga.» Duport mostró en la carreta mas firmeza que su compañero. Se le vió con frecuencia dirigirse á él y reanimarle. La actitud de Barnave revelaba un cuerpo enfermo y un alma, mas á propósito para la tribuna que para el suplicio. Su gran nombre pronunciado por mil bocas á la vez, infundía un religioso silencio á la multitud. Parecía que el pueblo reflexionaba sobre aquel monstruoso cambio de popularidad. No insultó al orador pero dejó que pereciese en el cadalso.

Quedaba únicamente Bailly. Parecía que el pueblo queria desquitarse con sus ultrajes del aprecio que poco tiempo antes habia manifestado al antiguo corregidor de París. Los pueblos suelen tomar estas venganzas. Es casi tan peligroso ser muy apreciado de ellos, como agraviarlos, porque castigan á sus ídolos por haberlos seducido.

Bailly, hombre honrado, filósofo sábio, astrónomo ilustrado, apasionado por la libertad porque esta era una nueva verdad conquistada en beneficio del hombre, alimentaba en su espíritu la religion del género humano. Su culto ilustrado por una razon madura, se elevaba hasta la fé, pero no hasta el fanatismo. Quería que las ideas y hasta las revoluciones giraran como los astros en el espacio, con el poder, la magestad y la regularidad de un plan divino. Creía que los pueblos debían ser conducidos ordenadamente hácia un progreso nacional por mano de sus mejores ciudadanos, y no por las sediciones convulsivas de la multitud. Rechazaba la monarquía absoluta, como una mentira social, pero lo único que se proponía era conservarla sin destruirla, aliviando poco á poco á la nación de sus cadenas temiendo que obrando de otro modo el pueblo mal preparado aun se precipitase á la par del trono en el abismo, y cayese á impulsos de la anarquía en otra esclavitud mas terrible que la primera.

Presidente de la Asamblea nacional fué el primero que prestó el juramento en el Juego de Pelota, y la conducta que observó desde entonces estuvo constantemente en armonía con estas dos ideas: quitar el poder despótico á la corte y restituir parte de este poder al rey para conservar cierta gradacion en la conquista y cierto orden en el movimiento. Este hombre era un especie de La Fayette civil:

uno de aquellos á quienes las nuevas ideas impulsan hácia delante y á quienes colman de estimacion y de honores, para acreditarse en su nombre. El de Bailly era una inscripcion en el frontispicio de la revolucion. Si Bailly no estaba al nivel de este destino por su genio, lo estaba por su carácter. Su administracion habia sido una série de triunfos del pueblo sobre la córte. Cuando las agitaciones sangrientas principiaron á manchar las victorias del pueblo, Bailly habló como sábio y obró como magistrado. En un dia perdió la popularidad de toda su vida política. Este dia fué aquel en que unidos los girondinos á los jacobinos fomentaron la insurreccion del Campo de Marte.

De acuerdo Bailly con La Fayette, desplegó la bandera roja, marchó á la cabeza de la clase medio armada contra la sedicion, y batió el motin alrededor del altar de la patria. En cuanto se vertió aquella sangre Bailly sintió su amargura. Se atrajo la execracion de los jacobinos, significando su nombre en boca de estos el asesinato del pueblo, y no pudo gobernar ya una ciudad en donde la sangre derramada clamaba venganza contra él. Abdicó entonces en manos de Petion y estuvo dos años retirado en una soledad á las inmediaciones de Nantes.

La laxitud del descanso que es el suplicio de los hombres acostumbrados á los negocios, le acomete bien pronto: quiso volverse á Paris para estar mas cerca de los movimientos de los republicanos, pero habiendo sido conocido por el pueblo costó mucho trabajo salvar su vida del furor de los amotinados, y fué preso en la Consergería y enviado al tribunal revolucionario. Su nombre le condenaba y marchó á la muerte por medio de las oleadas de la multitud. Su suplicio no fué mas que un prolongado asesinato. Atravesó lentamente los barrios de la capital con la cabeza desnuda, cortado el cabello, atadas las manos á la espalda con una enorme sogá y sin mas abrigo que la camisa, en medio de un frio inaguantable por lo mucho que nevaba. La hez y la escoria de toda la poblacion de Paris, á la que

por mucho tiempo habia contenido como magistrado, se agrupaba dando feroces aullidos alrededor de la carreta. Indignados los mismos verdugos de aquella ferocidad, reprendieron al pueblo sus insultos. El populacho estaba implacable. Aquellas hordas habian exigido que la guillotina, situada ordinariamente en la plaza de la Concordia, se trasportase aquel dia al Campo de Marte, para que la sangre quedase lavada con sangre, en el mismo suelo en donde se habia derramado. Algunos hombres que se decian parientes, amigos ó vengadores de las victimas del Campo de Marte, llevaban una bandera roja en la punta de un palo como un signo irrisorio, é iban constantemente al lado de la carreta. De cuando en cuando la metian en el lodo del arroyo y azotaban con fuerza en la cara de Bailly con aquel asqueroso trapo. Sus facciones llenas de heridas y manchadas de barro y de sangre no tenian forma humana. Estos horrores eran recibidos con aplausos y risotadas. Esta marcha llena de estaciones como la del Calvario, duró tres horas.

Al llegar al sitio del suplicio, aquellos hombres de corazon ferino hicieron bajar á Bailly de la carreta y le obligaron á dar la vuelta al Campo de Marte, á pie, haciéndole lamer con la lengua el terreno en donde habia corrido la sangre del pueblo. Esta espacion no les sació aun. La guillotina se habia levantado en el mismo recinto del Campo de Marte. El terreno de la federacion pareció al pueblo demasiado sagrado para mancharlo con un suplicio, y mandaron á los verdugos que lo deshiciesen pieza por pieza para reconstruirlo en la orilla del Sena, sobre un monton de inmundicias procedentes de todos los muladares de Paris. Los ejecutores se vieron precisados á obedecer; la máquina se desmontó y como para parodiar el suplicio de Jesucristo con la cruz á cuestas, aquellos monstruos cargaron sobre las espaldas del anciano los gruesos maderos que sostenian el tablado de la guillotina, y á golpes le obligaron á arrastrarse agobiado con aquel

peso. Desmayóse y cayó varias veces no pudiendo soportar aquella fatiga, pero apenas volvía en sí se levantaba, escitando las risotadas de aquel populacho que se burlaba de su vejez y de su debilidad. Una hora le hicieron asistir á la lenta reconstrucción del cadalso donde iba á perecer.

Una lluvia mezclada de nieve inundaba su cabeza y helaba todos sus miembros. Su cuerpo temblaba, pero su alma se mantenía firme. Su aspecto, aunque grave, conservaba toda su serenidad. Su razon impasible, no hacia alto en aquel populacho, porque veía mas allá á la humanidad: sufría el martirio y no lo encontraba tan fuerte como la esperanza que se lo hacia sufrir. Hablaba con los espectadores sin manifestar turbacion: y habiéndole dicho uno de ellos: «¿Tiemblas Bailly?—Si, amigo mio, le contestó, pero no creas que de miedo, sino de frio.» En fin, la cuchilla terminó aquel suplicio que habia durado cinco horas. Bailly tuvo compasion de aquel pueblo, dió gracias al ejecutor y confió en la inmortalidad.

Pocas victimas han encontrado verdugos mas viles, y pocos verdugos tan altas victimas. ¡Vergüenza al pie del cadalso, gloria encima de él, compasion en todas partes! ¡Vergüenza dá el ser uno hombre al contemplar aquel pueblo, pero se gloria uno de este título, contemplando á Bailly! Cuanto mas feroz es el hombre tanta mayor necesidad hay de amarlo para reducirle. Los crímenes de los pueblos no son mas que sus degradaciones; las lecciones de los sábios no son bastante para instruirlo, es preciso que haya mártires para rescatarlo. Bailly fué uno de ellos, porque aunque moría á manos de la libertad, moría al propio tiempo por ella. Creyó en el pueblo á pesar del pueblo y le echó en cara su angustia pero no su sangre.

XI.

Aquella noche al oír Robespierre la relacion de esta muerte, se compadeció de Bailly. «Del mismo modo, dijo

cenando en casa de Duplay, nos martirizarán á nosotros.» Su huésped, que era juez del tribunal revolucionario, quiso esplicar á Robespierre por qué no habia absuelto á este gran acusado. «No me habéis nunca de eso, le dijo Robespierre, yo no os pido cuenta de vuestros juicios, pero la republica os la pedirá de vuestra conciencia.» Duplay no habló mas á Robespierre de sentencias ni de ejecuciones. Robespierre mandó cerrar su puerta, en señal de luto. ¿Era esto dolor ó presentimiento?

La cuchilla no escogía ya sus victimas; todos los rangos se mezclaban en el cadalso. Al lado de un sábio moría una cortesana y el pueblo aplaudía igualmente ambas ejecuciones. Ya no sabia discernir la virtud del vicio.

Madama Dubarry, querida de Luis XV, murió á poco tiempo de Bailly. Aquella muger habia principiado desde niña á traficar con sus gracias. Su maravillosa hermosura habia cautivado á los proveedores de placeres del rey, que lo sacaron del vicio oscuro, para ofrecerla el vicio coronado. Luis XV habia hecho del rango de sus queridas una especie de institucion de la córte. La señorita Lange Vaubernier, conocida con el título de condesa Dubarry, habia sucedido á madama de Pompadour. Luis XV necesitaba usar la sal del escándalo para sazonar sus estragados placeres: le gustaba rebajarse así como á otros les gusta elevarse. Hacia reinar el escándalo y consistió en él su magestad. El único respeto que imponía á su córte era el de sus vicios. Madama Dubarry habia reinado en su nombre, y es forzoso confesar que la nacion habia doblado la cerviz ante la favorita. Nobleza, ministros, clero, filósofos, todos habian incensado el ídolo del rey. Luis XV habia preparado las almas á tan baja esclaviud, haciendo adorar por sus cortesanos, el despotismo de sus amores.

Madama Dubarry, jóven aun á la muerte de Luis XV, se habia encerrado por algunos meses en un convento por decoro, que era el carácter del nuevo reinado. Libre bien pronto de aquel encierro, habia vivido en un espléndido retiro cerca de París en el palacio de Luciennes, inmediato á los bosques de San German. Sus inmensas riquezas debidas á la prodigalidad de Luis XV, hacian su destierro tan brillante como lo fué su reinado. El anciano duque de Brissac se habia unido á la favorita, á quien amaba ya por su belleza en aquellos tiempos en que otros la amaban por su rango. Madama Dubarry aborrecia á la revolucion, aquel reinado del pueblo, que despreciaba á las cortesanas y hablaba de virtud. A pesar de haber sido rechazada de la corte por Luis XVI y por Maria Antonieta, habia compadecido su desgracia, llorado su caida y adheridose á la causa del trono y de la emigracion.

Despues del 10 de agosto habia hecho un viage á Inglaterra. En Lóndres llevó luto por Luis XVI, y consagró su inmensa fortuna á aliviar la miseria de los emigrados. Pero la mayor parte de sus riquezas habian sido enterradas por ella y por el duque de Brissac, al pie de un árbol de su parque de Luciennes. Despues de la muerte del duque, asesinado en Versalles, madama Dubarry no quiso confiar á nadie el secreto de su tesoro y resolvió volver á Francia para desenterrar sus diamantes y llevarselos á Lóndres.

En su ausencia habia confiado la guarda y la administracion de Luciennes, á un jóven llamado Zamora. La Dubarry habia criado aquel niño, por un capricho de muger, así como se cria á un animal doméstico. Se hizo retratar al lado del negrito para asemejarse por el contraste de las facciones y del color, á las cortesanas de Venecia,

pintadas por el Ticiano. Habia tenido con él la ternura de una madre, y Zamora fué ingrato y cruel, porque ébrio de libertad revolucionaria habia adquirido la fiebre popular. La ingratitud le parecia ser la virtud del oprimido é hizo traición á su bienhechora denunciando sus tesoros, y la entregó á la comision revolucionaria de Luciennes, de la cual era miembro.

Madama Dubarry engrandecida y poderosa por el favoritismo pereció por un favorito. Juzgada y sentenciada sin discusion, mostrada al pueblo como una de las manchas del trono de que es necesario purificar la atmósfera republicana, fué á la muerte en medio de los silbidos del populacho y del desprecio de los indiferentes. Aun estaba en el brillo apenas maduro de sus años. Su belleza entregada al verdugo era su delito á los ojos de la multitud. Iba vestida de blanco. Sus cabellos rubios cortados por detrás por la mano del verdugo, dejaban ver su cuello; los rizos de delante cubrian sus ojos y sus megillas, y ella los apartaba de cuando en cuando y se los echaba hácia atrás para que su rostro enterneciese al pueblo. No cesaba de implorar el perdon en los términos mas humillantes. Un torrente inagotable de lágrimas regaba su lindisimo seno. Sus gritos lastimeros sofocaban el ruido de las ruedas del carruage y los murmullos de la multitud. Parecia que la cuchilla heria con anticipacion á aquella infeliz muger arrancándola mil veces la vida. «¡La vida, la vida, esclamaba; la vida por un arrepentimiento! ¡La vida por toda mi adhesion á la república! ¡La vida por todas mis riquezas para la nacion!» El pueblo se reia y se encogia de hombros, mostrándole con la accion la almohada de la guillotina, sobre la cual iba á dormirse para siempre aquella encantada cabeza. Todo el tiempo que tardó la cortesana en llegar al patibulo no fué sino un grito continuo, y atada á la guillotina todavia gritaba. La corte habia debilitado á aquella alma. Entre todas las mugeres que fueron guillotinas solo ella murió cobardemente,

porque no murió ni por opinion ni por virtud, ni por amor, sino en horror al vicio. Deshonró el cadalso, lo mismo que habia deshonrado el trono.

XIII.

El general Biron, tan famoso en la corte con el nombre de duque de Lauzun, murió al mismo tiempo, pero como un soldado.

El duque de Lauzun habia llevado la lijereza en su juventud hasta la provocacion. Su valor, su talento y sus gracias hacian brillantes á sus faltas. El escándalo se convertia en fama para él. Pretendia haber sido amado por la reina. Sus memorias no son mas que unos apuntes de sus amores. Arruinado bien pronto por sus prodigalidades buscó otra gloria en la guerra, siguiendo á La Fayette á América, y se entusiasmó por la libertad: no por virtud sino por moda. Como amigo del duque de Orleans, siguió á este príncipe en todas sus rebeliones. Los partidos lo perdonan todo á los que les sirven; el duque de Lauzun se precipitó desde el favor de la corte al favor del pueblo, y no hizo mas que cambiar de teatro. Sirvió con valor en el ejército del Norte, del Rhin, de los Alpes y al fin en la Vendée. Lanzado una vez en la revolucion conoció que no habia mas remedio que seguirla hasta el cabo. Detenerse en otra parte era imposible, porque la corriente era demasiado rápida: no sabia á donde iba á parar, pero marchaba siempre hácia adelante. El aturdimiento era su norte. Daba á la república alegremente su nombre, su brazo y su sangre. Los soldados le adoraban y los generales plebeyos tenian celos de su ascendiente y no sufrían con paciencia á aquel antiguo aristócrata. Algunas querellas estallaron en la Vendée, entre

Rossignol, general jacobino y Biron. Biron fué el sacrificado.

Llevado á París, encerrado en la Consergeria y sentenciado á muerte, entró en la cárcel como si hubiese entrado en su tienda de campaña la vispera de una accion. Miró la muerte con indiferencia y quiso saborear hasta el último instante los únicos gozes que les quedaban á los presos, que eran los placeres de la mesa, en la que tenia por convidados á los carceleros y á las guardias, á falta de otros compañeros de alegría. Se hizo llevar ostras y vino blanco y bebia largamente al llegar los criados del ejecutor: «Dejadme acabar las ostras, les dijo Biron. Para el oficio que tenéis debereis necesitar fuerzas: ¡bebed conmigo!»

Aquella muerte, que imita la muerte irreflexiva de un jóven epicureo, en un hombre de edad madura, tiene mas apariencia que dignidad. La sonrisa no tiene cabida en los umbrales de la eternidad. La indiferencia en aquella hora terrible, no es la actitud de los verdaderos héroes, sino el sofisma de la muerte. El pueblo aplaudió en sus últimos momentos á Biron, por la irreflexion con que despreciaba el suplicio. Aquel hombre murió como habia querido vivir, valiente, orgulloso y aplaudido.

Esto acaeció el último día del año de 1793. Otros debian morir al siguiente 1.º de enero. La muerte no conocia calendario. Los años se confundian en el suplicio. La sangre no se detenía por eso.

XIV.

Cuatro mil seiscientos presos aguardaban á ser juzgados, solo en las cárceles de París. Fouquier-Tinville no podia dar abasto á las acusaciones que dirigia en masa y casi á la casualidad. Abrumado por el número